

Las apariencias engañan

No hay partido político de izquierda que se precie que no tenga entre sus objetivos más estimados el de convertirse en una organización de masas y así poder articular a la sociedad desde su propio prisma ideológico. Y ello conlleva, inevitablemente, durante el proceso, que se le vayan contagiando cuantos males y defectos tenga la sociedad que pretende corregir.

El PSOE no es ajeno a este principio más que sabido y tendrá que detectar y aislar los virus que lo enferman si no quiere morir en un proceso cada vez

más febril. Aplicar una buena medicina y, una vez regeneradas las células afectadas, una correcta profilaxis, tener las defensas siempre a punto para evitar nuevos contagios y que los virus no traspasen nunca la barrera cutánea.

Con seguridad que una excelente medicina lo está siendo, y lo será aún más el Programa 2000, pero me temo que, echando un vistazo a la realidad, la búsqueda de una profilaxis adecuada va a ser más difícil. Nunca ha habido una época como la actual en dar más importancia a lo dicho que a lo hecho. Basta que un sirvergüenza diga ser defensor

de la honestidad para que sea honesto; un leve disfraz dialéctico transforma a un imbécil en inteligente; un reaccionario dice ser partidario de la revolución para que sea revolucionario. Y no hay renovación posible si no se vuelven a juzgar las acciones por lo que son, sin otras consideraciones, y no se vuelven a pedir a las personas precisiones de lo que son, de lo que hacen, de cómo viven. Porque el no haber hecho nada ha sido hasta ahora una ventaja que debe ser abolida de forma radical.

Hacerse impenetrable a ese virus, cada día más abundante, del que dice

todo y no ha hecho nada. Del que habla con tanta seguridad y claridad de las cosas que apenas conoce. Del que es tan hondo en sus aspiraciones que a fuerza de profundizar nos hunde. Del cretino inteligente, que los hay. Del que condiciona todo por vencer, cuando el futuro está en encontrar el método más ingenioso para no vencer.

Porque como decía Voltaire, la mayor desgracia no es ser envidiado por los colegas o ser víctima de las intrigas, sino la de ser juzgado por los imbéciles, los cuales, a veces, llegan lejos.

*PSOE. Alcalde de Moncada